

ANDRÉS SABELLA

LA VIEJA LIBRERÍA NASCIMENTO

EN SANTIAGO, los escritores estábamos “aguachados” por la Librería de don Carlos Georges Nascimento, ubicada, hasta 1946, en Ahumada 125. Cuando el cañonazo del “Santa Lucía” anunciaba el mediodía, corríamos, desde donde nos encontrásemos, a cumplir con el rito de hallarnos, allí, durante una hora, en ligera pose para la inmortalidad. Si no hubo Libro de Asistencia, hubo sí una condescendiente puerta abierta para penetrar a las galerías secretas de la Literatura Nacional. Los curiosos de “gentes famosas” no necesitaban hojear revistas para conocerlas: les bastaba con acercarse a Nascimento y echar, disimuladamente, una mirada a los que, allá, libres del cuello duro de la importancia, se dedicaban, simplemente, a la charla, no siempre exenta de picotazos y goterones de vitriolo. Naturalmente, eran Mariano Latorre y don Ricardo A. Latcham los encargados de este difícil quehacer. Para ejercerlo, poseían rango y gracia. Los *poetas jóvenes* —expresión absurda, si consideramos que todo poeta es siempre joven por derecho de quimera—, asistíamos a Nascimento, como a una antesala del Parnaso. En su Caja, funcionaba un correo singular, al margen de todas las vías de comunicación:

—Te dejaré mi libro en la Caja de Nascimento —anunciaba un escritor. Y el libro se leía, oportunamente, sin retrasos ni extravíos. Recados y hasta paquetes familiares aguardaban, ahí, bajo el celo de doña María Ramos, o de don Artidoro Villablanca, quienes, poco a poco, se convirtieron en edecanes de la Literatura Chilena.

En aquella librería, deliciosa en su penumbra de cámara de barco, bebíamos ilusión. Los libros nos parecían filtros mágicos que contuviesen bebedizos de maravilla. Don Carlos, seguramente nos consideraba partes del negocio: sus bases las constituían los entrados en carne (Luis Durand equivalía, por diversos conceptos, a una piedra angular). Los arabescos surgían de las figuras femeninas que no olían

a tinta de imprenta, sino que a perfumes mareadores: Chela Reyes, María Flora Yáñez, Mila Oyarzún, traían un singular estremecimiento de elegancia a nuestras citas.

Cuando asomaba, a las perdidas, don Augusto D'Halmar, el aire se azulaba, tal si una ola hubiese asaltado el local. En invierno, don Augusto volcaba capa a su espalda, prendiendo en todos cierta nostalgia invencible: era la melancolía de un Madrid que no conoceríamos nunca. Recordamos que, una tarde, entró, corriendo, un escritor, manera desusada de caminar en el templete:

—A las siete, hablaré en la Universidad y no hay una persona en la Sala de Conferencias... ¡Demando compañía! ¡Venid conmigo...!

D'Halmar que, casualmente, se paseaba por los mostradores, le escuchó y, como quien manda a grumetes, ordenó:

—¡A la conferencia!— Y, tomando del brazo al ahora optimista conferenciante, alejóse escoltado por Víctor Castro, Heriberto Rocuant, Sergio Briceño y Fernando Pezoa.

Un sábado, promediando las doce, se detuvo una bicicleta frente a Nascimento. De la bicicleta descendió un caballero de *jockey*. Nadie le distinguía. Buscó, ojos en alto, a una persona:

—A usted lo vengo a saludar... —exclamó, de repente. Y se fue en un entusiasta abrazo contra nosotros. Era don Ricardo Puelma: acababa de publicar *Arenas del Mapocho*, presionado por el consejo leal del novelista don Alberto Romero y del poeta Juan Negro, que habíamos celebrado, de los primeros, en nuestra crónica de la revista *Hoy*. Don Ricardo fue un personaje digno de sus libros: terminado un cuento, sacaba las cuartillas a su huerta y las distribuía, al azar, sobre los vegetales, asegurándolas con piedrecillas.

—Así ganarán el soplo de la Madre Tierra... —nos explicó.

A don Ricardo Puelma lo asociamos, frecuentemente, con don Ramón Ricardo Bravo, rico museo oral de las Letras Chilenas, que dictaba cátedra de historia literaria en Nascimento. Su nariz se curvaba igual que si persiguiese los rastros del más olvidado protagonista.

Don Domingo Melfi aparecía en Nascimento, de vez en cuando, recogiendo originales de *Atenea*, o trayendo pruebas para la satisfacción de sus colaboradores. Don Domingo sonreía, bondadosamente, contemplando la reunión. Como sin concederle importancia a lo que anunciaba, acercábase a los escritores y, bajito, les secretaba:

—Pase por mi oficina...—. Era la noticia jubilosa del cheque, entonces fabuloso para los *poetas jóvenes*: ¡cien pesos...!

Don Benedicto Chuaqui principiaba a revelarse escritor. Almorzaba en el Restaurant "Naturista" y aunque no bebía, imaginamos que el aperitivo lo gozaba en Nascimento. Nosotros temíamos a sus invita-

ciones, pues no nos tentaban ni las polleras de las lechugas ni la mejilla de las manzanas. Antonio R. Romera, implacablemente, dibujaba y dibujaba nuestros rostros y posturas. Era lo mismo que desnudarnos públicamente. Luis Merino Reyes y Antonio de Undurraga organizaban, ante nosotros, los primeros números de "Caballo de Fuego". Merino ya ostentaba su jocunda humanidad de varón pleno. De Undurraga, para muchos, andaba con los bolsillos repletos de alfileres... Leoncio Guerrero nos sugería la imagen del que arrastra un joven cachalote. Y Mahfud Massis era Antonio Massis, descrito por don Samuel A. Lillo, en su *Literatura Chilena*, como dueño de un *moreno rostro de árabe soñador*.

Don Milton Rossel, andando con reposado vaivén, incursionaba los sábados por esta flora de humo y de palabras, recogiendo los mejores frutos de las tertulias. Joaquín Martínez Arenas, preparándose para la política, hablaba subido a la tribuna de su fina oratoria. David Perry lamentaba no poder discutir sin zapatos, porque aseguraba que, actuando a pies descalzos, la tierra le comunicaba energías desconocidas. Neftalí Agrella entraba y salía en permanente vértigo de mal humor, comentando sus libros, que debieran editarse por el poderoso aliento de poesía, de cultura y de información que vive en ellos. Norberto Pinilla y el doctor Alejandro Reyes caían ruidosamente, a Nascimento, deseosos de no ganar inasistencias en su registro de gloria. Bolívar Sánchez-Román, oficiaba de sacamuelas oficial de la *Literatura Chilena*:

—Hoy tiene hora, don Mariano... —recordaba a Latorre. Sánchez-Román infundía terror en los críticos: al que le tratase mal sus cuentos, él le devolvería la mano en su silleta de misterioso dentista.

Juan Modesto Castro y Juan Godoy hablaban, a solas. Carlos Préndez Saldías y Jerónimo Lagos Lisboa nos observaban a través de una gota de agua, cordiales y alentadores. Y cuando los problemas de la corrección de pruebas alcanzaban proporciones de catástrofe, acudía a la librería don Guillermo Hinojosa Barrenechea, Regente de la Imprenta, que se jactaba de no deslizársele error en las Ediciones Nascimento. En un libro de poemas, no fue impresa una versal:

—Don Guillermo —le amonestó el autor—, le pillé un error feroz: este poema no trae versal... ¡Es una vergüenza...!

—No —contestó, inmutable, don Guillermo—, no es un error, ni una vergüenza: es una desgracia...

Luis Berninsone, el poeta peruano, publicaba libros monumentales de sólo tres o cuatro poemas y producía conflictos cada vez que pedía que los exhibiesen en vitrina: por un tomo del poeta peruano, desaparecían de la vista diez volúmenes chilenos:

—Es la revancha “del 79” —glosábamos, sonriendo con nuestro discípulo Antonio Vodanovic, el autor de mayor venta en Nascimento: sus Apuntes de Derecho formaron ríos de victoriosas monedas en el *Haber* de don Carlos.

Al cerrarse Ahumada 125 y demolerse, los escritores chilenos perdimos esta inolvidable estación de tránsito a la fama. Cada vez que cruzamos hoy por la calle donde Nascimento nos congregaba, detenemos, un segundo, nuestros pasos para llorar en el invisible Muro de las Lamentaciones que se yergue, aquí, afirmado a los fantasmas de nuestra juventud.